

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Organo del Asilo de pobres transeuntes.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

Rehabilitación del obrero.

El obrerismo sano y santo. He aquí el partido mundial que no se constituye y urge a toda costa el implantarlo. Fuera, y maldición eterna sobre ellos, esos socialismos, anarquismos y destrucionismos de todo lo existente que, con su hermanito menor y mimado hasta la saciedad, el bolcheviquismo, amenazan hoy dar al traste con la sociedad. ¿Y qué queremos que acaezca? El obrero es una materia prima maleable y flexible, en aptitud maravillosa para recibir la forma que se la quiera dar. Y esa forma se la daremos nosotros, sino activa, pasivamente. Forma informe, monstruosa, horripilante.

¡Pobre obrero, qué herejías hacemos contigo! El hogar tuyo no es hogar, es la covacha inmunda de todas las repugnancias y depravaciones humanas. La blasfemia, el libertinaje, la insubordinación, la borrachería, la desesperación, el matonismo son tus inseparables compañeros. Y nosotros te los metemos en casa y azuzamos tus bajos instintos semiadormecidos para que paladees, sorbo a sorbo y a bocanadas repletas, esos licores alcoholizantes que te aniquilan y embrutecen.

No es ese el camino, lectores católicos. Ese es un crimen de lesa sociedad. El obrero está ya ahito de ineducación y de desvergüencería callejera. Las náuseas de tanta podredumbre lo tienen asqueado. Quiere algo de dignidad; busca mucho de espíritu, anhela jadeante por su regeneración, pide a gritos su alma. ¡Su alma! ¡Pobrecito obrero! No tiene ese rescoldo interior que tonifica el cuerpo y pone en movimiento sus potencias embrutecidas.

Le falta ese manjar del espíritu que robustece sus enflaquecidos miembros y recubre la escueta osamenta de músculos vigorosos de dinamicidad poderosísima. Nosotros los espirituales, los caritativos, los iniciados en las grandes verdades de la única fraternidad santa y social; nosotros los cacareadores de virtudes celestiales, ¿qué hacemos en pro de esta espiritualidad obrera? Lo que

hacemos es bien poco. Lo que debemos hacer es muchísimo.

Iniciemos al obrero en esa vida espiritual que desconoce y ansía con agonías de muerte. Atraigámosle con el imán de la educación interna; alimentemos sus instintos de inmortalidad con el pan de la regeneración de su alma. Ese *algo* que él siente bullir en todo su ser y que lo levanta, sin él darse cuenta hacia arriba y lo hace soñar en el cielo, en su dicha de perpetuidad inalterable, donde gozará de la patriarcalidad familiar muy cerquita de su Dios. Ese *algo*, que no es nada de lo que él suele tragar a diario entre los manjares revolucionarios de su ración alimenticia, no hay quien se lo dé más que nosotros.

Pongamos en contacto íntimo su alma lacerada, con Dios. Que sienta a su Dios cerca de sí y temple sus ateridos miembros en la hoguerada divina.

El obrero está harto de mentiras, de bravuconadas; de promeserías humanas, de ofrecimientos inanes y de vacuidad infinita.

Yo, lectores míos, no veo más que palos de ciego por todas partes...

El obrero, antes que cultura indigesta y funesta para él, primero que la menguada peseta, que no le sirve ni para malcomer, necesita una orientación espiritual y un sentir interno en su alma, un lento y reflexivo rumiar de su conciencia; que sus facultades anímicas se expansionen internamente y gusten de las únicas, de las divinas verdades que, por divinas, son las más humanas de la tierra. Y necesita de todo esto para basarse en su posición central de la vida, para regular sus actividades, para aquietarse en el justo medio de su honrado trabajo, para cortar a cercén sus ansias de desmesurado egoísmo, para hacerlo unánime, modesto, pacífico, conciliador resignado, laborioso, piadoso... Y esto no es una quimera, ni un forjamiento ilusorio de fantasía febricitante.

Ahí están los ejercicios espirituales, que hablan por mí. La dignificación, la rehabilitación del obrero están en los ejercicios.

Demos facilidades omnímodas, saneemos el medio ambiente del obrero en un retiro silencioso y de mansedumbre de cielo, donde su alma guste del apartamiento con su Dios, que hable, que razone, que discurra con El, que sienta su bondad infinita, su cariño inagotable, su riqueza comunicativa y veréis cómo ese obrero se harta de todas las mezquindades y aberraciones que le rodean, y forjada su alma en el yunque de los espíritus grandes, se agranda, se inmuniza, se endiosa y reniega para siempre de los doctrinarismos fríos y prevaricadores, causa única de su embrutecimiento y aterrenamiento, y el obrero será entonces el gran obrero de la sociedad cristiana.

A. Q. TAVERA.

*La capa de un mendigante
parece un jardín de flores:
toda llena de remiendos
de veinticinco colores.*

Avisos.

Con gusto autorizamos, para recoger y pedir limosnas; para la Obra de Evangelización de los Mendigos, establecida en el pueblo de Valdecarros, a los sacerdotes de la capital y de los pueblos, a los religiosos de ambos sexos, a los caballeros y señoras de las Conferencias de San Vicente de Paúl y a las señoritas de los roperos.

Si alguna asociación piadosa u otras personas encariñadas con esta Obra de nuestros amores, quisieran también tomarse el trabajo de proporcionarnos medios de subsistencia para estos pobres de Cristo, recogidos entre sus parientes y amistades, se dignarán ponerlo en nuestro conocimiento con el fin de autorizarlos para estos benéficos fines.

A todos los que nos ayuden en esta labor les daremos el título de cooperadores de la Obra de Evangelización de los mendigos.

A requerimientos de nuestros bienhechores se abre, desde el 1.º de Marzo, una suscripción mensual desde la ínfima cantidad de diez céntimos, con el fin de que todos, ricos y pobres, puedan contribuir con su óbolo al sostenimiento de esta empresa, de la gloria de Dios y bien espiritual y temporal de estos pobrecitos mendigos.

Por último, suplico a todas las almas generosas, que una vez más hagan un esfuerzo y nos manden una limosna y las ropas de desecho, para poder alimentar a miseriosos que en gran número vendrán a practicar los Santos Ejercicios de San Ignacio.

LA CASITA DEL POBRE

*Cuando en el colegio estaba,
un día del mes de Enero
cayó enfermo el jardinero
que nuestro huerto cuidaba.*

*Yo al pobre viejo quería;
por eso, al saberlo así,
hacia la casa corrí
que al fin del huerto tenía.*

*Ya del sol la luz incierta
iba hundiéndose en su ocaso,
cuando detuve mi paso
en el umbral de la puerta.*

*¡La miseria pensé hallar
sus muros al trasponer;
a sufrir quise aprender
y aprendí tan sólo a amar!*

*El sol poniente alumbraba
la mezquina habitación;
de la alcoba en un rincón
el pobre lecho se alzaba,*

*donde el anciano dormía
venturoso y sosegado;
una mujer a su lado
allí rezaba o leía;*

*y aquel cuadro contemplaba
otra mujer... digo mal,
una niña angelical
que al pie del lecho se hallaba.*

*¡Aquel grupo de ternura
placer me causó y tristeza;
pues vi allí mucha pobreza,
pero también mucha ventura!*

*Ellas dos, como un reflejo
del santo amor que sentían,
ni a respirar se atrevían
por no despertar al viejo.*

*¡Hasta entonces los placeres
no comprendí del hogar!
¡Vi al anciano despertar
en brazos de aquellos seres!*

*¡Vi de su amor el exceso
compensar tanto interés!
¡Vi confundirse después
sus tres almas en un beso!*

*¡Y al ver tanto bienestar
salí de aquella mansión!
Lo que al ir fué compasión
era envidia al regresar!*

CAVESTANY.

Dos días en Valdecarros.

La fiesta del Patrono San Vicente Mártir. Comuniones. — Misa mayor — Convite. — El Asilo. — Visita al Sr. Cura Párroco. — Volveré para los Santos Ejercicios.

He pasado dos días felicísimos en Valdecarros, el 22 y 23 del pasado Enero. Eran las fiestas del Titular, y quise con ese motivo visitar a mi familia. A la hora conveniente salió el señor Cura del confesionario y distribuyó la sagrada comunión a crecidísimo número de fieles. Dadas gracias, salieron todos del templo. A las diez se tocó a la Misa solemne, y poco después entraba el señor Cura en su Parroquia, acompañado de las autoridades, títulos y mayordomos de San Vicente. Dijo el señor Párroco la Misa, que ofició enorme masa coral. Cantado el santo Evangelio, subió al púlpito el señor Cura e hizo el panegírico del santo sobre aquellas palabras: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.»

A las doce terminó la solemnidad; el señor Cura volvió a su casa y obsequió a las autoridades, títulos y mayordomos con dulces, licores y un cigarro; en el acto le sirvieron su desayuno, una taza de café con leche, y pidió cortésmente permiso para pasar al Asilo: fui con él. ¡Qué hermoso espectáculo! Ciento nueve pobres estaban sentados a la mesa. El señor Cura hizo devotamente el ofrecimiento de obras, contestando los mendigos; enseguida bendijo la mesa, se rezó por dos difuntos bienhechores de la obra, por la salud de otro que se hallaba enfermo y por otra intención recomendada. Poco después el catequista de turno leyó un capítulo del *Kempis* y la vida de San Vicente Mártir, mientras los títulos y algunas jóvenes teresianas servían el menú a aquella muchedumbre: consistió éste en pan riquísimo de la panificadora de Alba de Tormes, vino que aquel día regaló el señor Alcalde, carne de una res lanar que regaló otro feligrés, arroz con la sangre de diez cerdos, donativo del salchichero Bienvenido, y una gran migada de leche. El señor Cura dió gracias, se rezó la acostumbrada estación por los bienhechores vivos y difuntos, y se retiraron los pobres de Jesucristo muy contentos y agradecidos.

—Suponía yo que el señor Párroco estaría fatigadísimo, después de la tremenda labor del día, y al despedirse de nosotros, me atreví a decirle: Señor Cura, ¿me permitiría usted visitarle hoy o mañana a una hora que no fuera muy molesto?

—Amigo mío—me dijo consultando su reloj—es la una y media, a las dos y después estoy siempre a su disposición, si no prefiere usted acompañarme a comer. Me espera mi familia.

—En ese caso, todo puede arreglarse, cumpla usted con su familia, y yo le espero a tomar café, pues bien podemos hoy permitirnos ese lujo por ser la fiesta del pueblo.

Salí en busca de mi puchera y a las dos y media, acompañado de mis parientes, llamé al picaporte de la casa rectoral. El señor Cura nos recibió en su comedor y momentos después su buena madre, nos sirvió una taza de riquísimo café, con ron y leche, dulces muy delicados, una copa de benedictino y cigarrillos. Enseguida le pregunté:

—Señor Párroco, ¿vienen todos los días a comer tantos pobres como hoy?

No señor; hoy está un día muy hermoso y por eso han venido algunos que viven lejos.

—¿De dónde son los pobres?

—Cinco de Salamanca, seis de Alba, tres de Peñaranda, ocho de Macotera, seis de Santiago de la Puebla, cuatro de pueblos de la provincia de Avila, uno de Burgos; los otros ochenta son continuos, pues sólo distan una legua de aquí y son de Gajates, Pedraza, Larrodrigo, Turra, Anaya de Alba y Valdecarros.

—Me maravilla esto, señor Cura, y no puedo explicar cómo es posible que usted pueda dar esa alimentación en las circunstancias actuales; sólo el pan representará al fin de año una partida fuerte.

—Así es en verdad, amigo mío; pero el Señor cuida de estos pobrecitos y se vale de personas caritativas que envían limosnas proporcionadas a las necesidades del Asilo. Después el señor Cura, respondiendo a varias preguntas mías, entonó un himno de agradecimiento, por lo mucho que le ayudaban en su obra, en honor del señor Obispo, del señor Capellán de las Adoratrices, de los PP. Jesuitas, del Clero y singularmente de la Unión Apostólica, del Cabildo Catedral, de las Marías de Salamanca, Alba y Peñaranda, de los Caballeros y Damas salmantinos, de sus feligreses, etcétera. Felicité al señor Párroco por su modesta fundación y el éxito de sus trabajos, y me dijo:

—Por lo que he dicho a usted y mucho más que pudiera decirle, habrá usted comprendido que el bien que aquí se realiza, se debe después de Dios, a los poderosos auxiliares de la obra; estoy muy enfermo hace veinticinco años, y aunque tuviera salud no podría yo con esta carga, teniendo a mi cuidado una Parroquia, fervorosa y que pasa de mil almas. No me gusta la humildad de garabato; Santa Teresa escribió que «la humildad es la verdad» y usted ha oído la verdad pura. Cuando vayamos al juicio de Dios, veremos complacidos el gran premio que recibirán los insignes cooperadores de la Obra y para mí, verdadero capitán Araña, se reservará el último lugar.

—¿Y cómo andamos de salud?

—Mucho mejor que merezco, gracias a Dios. Tomo tres alimentos lijeros cada día; el día que mejor me encuentro, devuelvo uno; cuando me hallo medianamente, devuelvo dos, y muchos días los tres; a pesar de mi habitual debilidad, rarísimo es el día del año que paso sin celebrar y el Señor, rico en misericordia, en días, como hoy, de tan ruda labor, aumenta un poco mis fuerzas y así vamos tirando.

Me percaté entonces que el pobre Cura desde que entró en su confesonario por la mañana, no había tenido ni un momento libre y me despedí, besando su mano respetuosamente y dejando en ella una pequeña limosna para los pobres.

—Dios le bendiga y se lo pague, dijo el señor Párroco.

Abrió enseguida un cajón de su mesa, me regaló algunos objetos de piedad y para despedida me dijo:

—Para la semana de Pascua de Resurrección serán, Dios mediante, los Santos Ejercicios para los pobres de Jesucristo y cuantas personas deseen acompañarles; venga usted en esa época y no le pesará.

—Prometo a usted volver para entonces, si Dios me conserva la salud. Y ojalá que, conmigo fueran a hacer los Santos Ejercicios a Valdecarros, muchos ricos y potentados de la tierra; a buen seguro que ayudarían al Cura rural en su empresa, harían honda labor evangélica y social al mismo tiempo; practicarían simultáneamente todas las obras de misericordia y, sobre todo, ellos serían los más beneficiados y gananciosos cuando dentro de poco se vean precisados a comparecer ante el tribunal de Dios.

X.

Febrero, 1919.



Regalo.

Los mendigos del Asilo de Valdecarros regalarán la hermosa y utilísima obra *Leyenda de Oro*, en cuatro tomos, en folio, con preciosos y artísticos grabados y encuadernación lujosísima con planchas de oro, a quien, mediante la limosna de diez céntimos de peseta, contribuya al sostenimiento de la gran obra «Ejercicios Espirituales a los pobres de Cristo», establecido en el referido pueblo de Valdecarros, si resulta ser el poseedor del número premiado en el sorteo, que se verificará el 27 de Abril de 1919 en la capilla del Carmen de Abajo, de la ciudad de Salamanca, después de celebrado el santo sacrificio de la misa de las siete de la mañana.

*Una vela de dos onzas
parese este cuerpo mío,
que de puro sentir penas
s'ha quedao consumio.*

Enaltecimiento del amor al prójimo.

Jesucristo, que vió cuánto había decaído aun entre los judíos, el amor al prójimo, quiso enaltecer esta virtud elevándola hasta el punto de equipararla con el amor de Dios.

El que ama a Dios, debe también amar al prójimo, que es imagen de Dios. Él nos manda amar a nuestros semejantes, y si no lo hacemos, desobe-

decemos a Dios y le injuriamos, resultando así que ofendemos al precepto de amar a Dios.

Para los católicos, las obras de caridad fraterna, el usar de misericordia con nuestros hermanos, el socorrerles en sus necesidades, auxiliarles en sus apuros, instruirles en sus ignorancias, corregirles cuando yerran, y consolarles en sus penas, deben ser deberes principalísimos.

No se concibe un discípulo de Jesucristo, que sea egoísta y piense sólo en sí mismo sin atender a sus hermanos.

Quien ama, será amado; quien ama a Dios y al prójimo, será amado de Dios y de los hombres.

*Tres meses ha que no como;
me tiene abatido el hambre;
me pongo en las piernas plomo
porque no me lleve el aire.*

En el próximo mes de Marzo se celebrarán funerales, en la iglesia parroquial de Valdecarros, en sufragio de las almas de los bienhechores del Asilo de Mendigos que a continuación se expresan:

Doctor don Mariano Amador y Andreu; señorita Carmen Ibañez Sáez; don Pedro Andrés Barreña, padre del muy ilustre señor Provisor; don Joaquín Sánchez de la Peña; doña Crescencia Vázquez García, madre del párroco de Linares, don Gabriel Pérez Vázquez; hermano Eugenio Duque, S. J.; don Francisco Hidalgo Vicente, don José Martín Rodríguez, padre de don Emilio Martín Salvador, y doña Sebastiana Hoyos de Onís.

Suplicamos a nuestros bienhechores unan sus oraciones a las de los mendigos y feligreses de este pueblo, por el eterno descanso de estos difuntos, y nos comuniquen las desgracias de familia, con el fin de aplicar por el bien de sus almas los mismos sufragios.

R. I. P.



Donativos recibidos para el Asilo.

Una persona piadosa, 5 pesetas; doña Catalina Sanchón de Sánchez (Pedro Llén), 25; unas señoritas salmantinas, suscripción de dos meses, 2; don Hermógenes Reig, 2; don Aniceto Vicente, 5; el niño Jesús Vicente Martín, dos panes; un feligrés piadoso, un pan; otro feligrés piadoso, un pan; el señor Alcalde, medio cántaro de vino; don Bernardino García Andrés, 6 pesetas; cuatro bienhechores de Ahigal de los Aceiteros, 4; doña María Alfonso, 5; señora viuda de Cenizo, 5; Pelegrín Vicente, 1,50; una señora piadosa, una bufanda, un chaleco, media docena de pañuelos y una docena de medallas; doña Elvira Corbalán, pesetas 5.

Dios se lo pague.

Imprenta de EL SALMANTINO.—Plazuela de San Isidro.